

relativamente los que han caído en la cuenta que la solución del problema está dándola el propio espíritu democrático de este país. Hay centenares de fábricas norteamericanas que han instituido un gobierno democrático. En ellas los obreros eligen sus propios representantes, sus diputados, senadores, sus ministros. Administran la fábrica como se administra una república, para el bien de todos. Esta idea, llevada a sus límites naturales en el comercio, en la minería, en la industria, en la agricultura, es la natural solución de los conflictos del capital y del trabajo en una república. Y el país tendrá, de esta manera, su mejor escuela de civismo y de democracia.

Vosotros habéis concedido la ciudadanía a la mujer en toda la nación. Este no es sino un triunfo de vuestro espíritu democrático. Queréis que vuestro gobierno sea el representante de la voluntad popular, y habéis caído definitivamente en cuenta—antes que casi todo el resto del mundo—de que la mujer forma parte del pueblo. No sólo forma la mujer parte del pueblo, sino que es la mejor parte del pueblo, la que tiene más corazón y más conciencia. Incorporada ella a la vida cívica, hará avanzar a vuestro país hacia la realización de los más altos ideales de salud, de justicia, de pureza.

La América Española es oligárquica en su constitución política, lo es de hecho, aun cuando no lo es en teoría. En el hecho la facultad electoral la tienen todos los ciudadanos, pero el sesenta por ciento de sus habitantes no son ciudadanos, a causa de la ignorancia en que se les mantiene. Agréguese a esto que la mujer no puede votar y queda entonces un grupo muy restringido que tiene en verdad voz y voto para elegir a los mandatarios de la nación.

Esto no quiere decir que el terreno no sea propicio allá para que echen robustas raíces las prácticas democráticas. Voy a referirme otra vez a Chile, que es el país al cual tendré que hacer constante referencia al hablar de la América Española. Lo hago porque, siendo mi patria, como lo he dicho, es el país cuya vida conozco más íntimamente.

En Chile, durante sus cien años de independencia no ha habido ni un gobierno autocrático, ni un gobierno democrático. Las clases cultas y adineradas, que eran las más capaces, establecieron—a la sombra de una república constitucionalmente democrática—una democracia entre ellas mismas. Es decir, se dividieron en partidos políticos y lucharon entre sí, sin que la clase media ni el bajo pueblo tuvieran participación en sus luchas. La idea que parecía guiarles era que, siendo ellos los más capaces, de-

bieran elegir—entre ellos mismos—a los que habrían de dirigir la cosa pública. La nuestra era una democracia de los de arriba, que trataba a los de abajo como si fueran ciudadanos de una calidad inferior, sometidos a su cuidado y tutelaje. Así ha ocurrido que en general los presidentes de nuestro país han pertenecido a unas pocas familias. Hasta qué extremo esto ha sido sabio en el pasado, a causa de la ignorancia del resto de la población, está todavía por averiguarse. Nos hemos librado así de revoluciones y de caudillos.

Pero ha ocurrido que el gobierno de los de arriba no descuidó totalmente la educación popular, fomentando sobre todo la de la clase media, para la cual implantó un sistema de educación secundaria que es considerado el mejor de la América Española.

Y consecuencia de esto fué que la clase media creció en número y poder. Ha contribuido ésta a levantar a la clase popular. Y hace solamente unos cuantos meses, en las elecciones presidenciales, el país vió presentarse a dos candidatos, uno representante de las clases dirigentes por tradición y el otro un hombre de origen modesto, genuino representante de las clases media y popular. El país se dividió en dos bandos que libraron una lucha sin tregua. Hechos los escrutinios electorales, ambos partidos pretendían haber triunfado. Cada uno de los candidatos pretendía haber obtenido la mayoría. Un tribunal de honor decidió que el candidato popular había vencido por un voto, y la clase dirigente por tradición, por herencia, la que había elegido siempre a los presidentes del seno de sus familias, acató inmediatamente el fallo, como lo hizo todo el país.

En cuanto a la actuación de la mujer en nuestra vida pública, permitidme decir que ella ha optado por actuar en organizaciones cívicas particulares, debidas a su propia iniciativa. La conciencia femenina tiene cada vez más peso en los grandes problemas nacionales. Y estoy seguro de que Chile, la Argentina y el Uruguay serán los primeros países que reconocerán a la mujer el derecho a votar para elegir a los representantes del pueblo. Tenemos en mi patria mujeres que se han distinguido como escritoras, pintoras, educacionistas, abogados, médicos, ingenieros.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: { de 2 a 5 p. m.

Lo anterior lo he dicho, no para que se crea que no necesitamos importar en la América Española el espíritu democrático, sino para demostrar que allá puede fructificar fácilmente—como lo demuestra el hecho de que está fructificando—que el clima y el suelo le son propicios.

Parejo con el espíritu de democracia va el espíritu de educación nacional. En realidad no puede haber democracia si no hay educación nacional, como no puede haber humo si no hay fuego, como no puede haber colores si no hay luz.

La razón por la cual las democracias de la América Española sólo lo han sido en el nombre, está el hecho de que en nuestros países no se dió jamás a la educación popular la importancia que en vuestro país vosotros le disteis. Nosotros principiámos por fundar universidades y vosotros principiasteis por fundar escuelas. Vuestra primera Universidad, la de Harvard, la fundasteis en 1639 y nuestra primera Universidad en la América Española, la de San Marcos, fué fundada en 1551, cerca de un siglo antes. El promedio de analfabetismo en la América Española es del sesenta por ciento. Podemos mostrar un grupo escogido de hombres y de mujeres de gran cultura en cada uno de nuestros países; pero la masa general es inculta. No nos hemos dado cuenta de que la mejor inversión que puede hacer un país es la que hace en la educación del pueblo, aun considerando el problema desde un punto de vista exclusivamente económico.

¿Cuántos millones y cuántas vidas no le cuesta a Méjico la incultura de sus clases populares?

Hemos cometido este error fundamental en la América Española: dejar inculta a la gran masa de la población; creer que sólo necesitamos del concurso de sus músculos y no del concurso de su inteligencia cultivada. No nos hemos dado cuenta de que así como la belleza del cielo no la constituyen sólo sus estrellas de primera magnitud, sino todas sus constelaciones, la grandeza de un pueblo no la hacen sus hombres escogidos y privilegiados, sino la cultura de toda su población.

Ahora bien, yo conozco íntimamente el bajo pueblo de mi tierra y conozco la mentalidad general de pueblos como el de los Estados Unidos y el de Inglaterra, donde he sido profesor, y sostengo que no son ni el pueblo inglés ni el pueblo estadounidense, ni el francés, ni el alemán, más inteligentes que el bajo pueblo de mi tierra. Démosle a éste las oportunidades que se le han negado y lo veremos brillar por su capacidad. Esto que digo no es ningún gesto chauvinista de mi parte;